

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## DOS REYES EN UNA CORTE.

Cumplióse el plazo fijado tantas veces en el parlamento italiano para la traslacion de la corte á Roma; y el rey *caballero*, si para ser caballeros basta ser exactos, no ha faltado á la cita. Desde que le cazaron la codiciada presa sus gavilanes, dos veces se ha aproximado á ella, la una para reconocerla, la otra para apropiársela definitivamente; ha querido empezar en la nueva capital la segunda mitad del año, como en ella inauguró la mitad primera, dejando trascurrir seis meses entre una y otra visita, á ver si con el tiempo la hallaria madura para la usurpacion, mas accesible al miedo ó al soborno la lealtad de los súbditos, mas quebrantada la firmeza del desposeido soberano. Pero si las inundaciones de diciembre anunciaron siniestramente su llegada, ahora los universales y magníficos homenajes tributados al cautivo han preparado un recibimiento ignominioso al carcelero; y sus mezquinos socorros quedaron á la sazón tan desairados, como al presente sus mercenarias ovaciones. Aquella permanencia no escedió mucho de 24 horas, ni esta ha llegado á 48: *vino, vió y se fué*, no dejando mas huellas de su paso que un banquete, una funcion de teatro y no sé si tambien una revista, toda vez que el baile fracasó por la promiscuidad de la concurrencia.

¿Cómo explicar tan fugaces apariciones? por un jactancioso alarde de su fuerza; ó por la conciencia de su debilidad? ¿Es que se satisfa-

ce con el capricho de entrar y salir, demostrando que no es menester siquiera su presencia en Roma para dominarla? ¿ó es que se siente mas bien repelido por una mano misteriosa, acosado del temor ó del remordimiento? Á providenciales miras y á poderosos móviles puede atribuirse esta singular conducta, y á elocuentes conceptos se presta, dejándonos entrever alguna invisible salvaguardia sobre la cabeza del oprimido, y tal vez algun germen de arrepentimiento en el alma del desdichado opresor: pero como mañana puede volver y convertir la momentánea visita en residencia, no hay que abandonarse demasiado á estas eventuales esperanzas, que desmentidas por los sucesos, pudieran luego hacer vacilar hasta los principios. Lo cierto es que dentro de la ciudad eterna está ya levantado trono contra trono, soberanía contra soberanía.

*Non capit una duos*, se ha dicho siempre de la silla real, considerándola indivisible entre las cosas mas indivisibles; y en efecto no caben á la vez dentro de la misma esfera dos potestades legítimas en el libre ejercicio de su autoridad. Pueden sí coexistir, y esto es lo que allí contemplamos, la intrusion con el derecho, la tiranía con la esclavitud; y aun esta situacion por lo violenta nunca dura mucho sin que el prepotente desaloje al débil y consolide su atentado, ó sin que la justicia triunfante de inicuas competencias recobre su vigor. Pero entretanto se manifiesta en Roma toda la dureza del contraste, toda la vehe-



mencia del antagonismo con caracteres acaso jamás tan pronunciados como ahora: Cristo y Belial, Jerusalen y Babilonia, el Cordero y la Bestia del Apocalipsis, ninguna antítesis de los libros santos es sobrado espresiva para representar la oposicion, la incompatibilidad radical de las dos coronas. De un lado la posesion mas antigua, mas lenta é insensiblemente adquirida por el abandono del dueño anterior y por la conveniencia y voluntad de los pueblos, fundada en mas árduos é importantes servicios, confirmada por mas solemnes donaciones de los que algun título pudieran alegar, reivindicada mas á menudo por las leyes y por las armas, relacionada con los mas altos destinos é intereses de la humanidad á cuyo frente ha marchado siempre la Europa católica; del otro la usurpacion mas inaudita, mas desnuda de pretextos, mas temeraria en sus pretensiones, mas cobarde en los medios, mas acompañada de perfidias y crueldades, mas trascendental en sus consecuencias para el orbe entero. De un lado lo mas augusto de la autoridad moral, del otro lo mas brutal y grosero de la violencia; de un lado la obediencia mas elevada, del otro la mas abyecta servidumbre; de un lado el sagrado gefe de la cristiandad, del otro el oscuro rey Sub-Alpino: y como si no arrojará aun bastante luz el paralelo entre ambos derechos y ambas instituciones, la una se personifica en el anciano inerme, santo, perdonador quizás harto magnánimo de sus enemigos, que se llama Pio IX, y la otra en el ambicioso fraguador mas de asechanzas que de conquistas, destronador de sus parientes, ingrato con sus protectores y con sus instrumentos, que se apellida Víctor Manuel.

Oh! entre las manchas indelebles con que en la historia habrá de aparecer la presuntuosa civilizacion, el decantado liberalismo del siglo, la mas negra sin duda, la mas inverosímil será la de haber escogido tal campeon para el nuevo derecho, fiando no ya á la fuerza bruta sino, lo que aun es peor, á la hipocresía el triunfo de sus ideas, y calificando de libertador al tirano y á la víctima de opresor. Desde quese proclamó á gritos la culpabilidad

de Jesus y la inocencia de Barrabás, no se habia incurrido tal vez en tan monstruoso contrasentido. La firme serenidad del pontífice, ganando los corazones y gobernando desde su encierro las conciencias, bastaria para atraer el respeto y las simpatías verdaderamente liberales al mas impopular de los poderes, así como las hazañas del invasor bastarian para infamar la mas santa de las emancipaciones. Si á tan reprobados medios, por una suposicion imposible, vinculara Dios el imperio del catolicismo, nosotros porque lo amamos renunciaríamos á obtenerlo á costa de iniquidades: ¿es que vosotros, liberales, amais menos la libertad? Ah! la libertad se cubre el rostro con las manos al oir tales invocaciones, y rechaza á los que pretenden hacerle romper con la justicia su inseparable compañera.

Roma retrocede á los peores tiempos de su historia: la cátedra, que asentada sobre el sepulcro de S. Pedro la salvó á ella y al universo de la idolatría y de la barbarie, levantándola á mas excelsa y permanente supremacía, hoy se repliega acorralada en el Vaticano, acaso para volver bien pronto á las catacumbas; mientras en el Quirinal reaparece al cabo de quince siglos el despotismo pagano, conducido como de costumbre por los tribunos, aclamado como de costumbre por la ínfima plebe, y escoltado cual en su época primitiva de la corrupcion y de la bajeza. *Non habemus regem nisi Cæsarem*; «este, este es nuestro papa,» dicen que gritaba la turba, sabe Dios de dónde y cómo traída, al darse á conocer el nuevo dueño desde el balcon en que antes se anunciaban las elecciones papales; y tiene razon: cuando faltan los papas-reyes, precisamente han de surgir otra vez los emperadores-pontífices. Este es el progreso de la humanidad, esta es la regeneracion y el engrandecimiento de la que ha sido constantemente por uno ú otro título su metrópoli: de capital del orbe pasar á capital de Italia en disputa con Turin y Florencia, besar el pié al advenedizo de Saboya mejor que al gefe del catolicismo.

Y la Europa, á quien tanto interesa, si no el equilibrio de fuerzas, si no las escandalo-



sas subversiones de todo derecho de gentes, al menos la independencia espiritual y la libre comunicacion de tantos millones de católicos heridos en lo mas vivo de su alma y de su corazon, ¿qué hará en este supremo trance la Europa? Se inhibirá como incompetente del conocimiento de semejantes querellas, proclamará estricta neutralidad, por primera vez en el mundo reconocerá dos reyes y hasta dos cortes dentro unas mismas murallas, acreditará cerca de una y otra sus embajadores, y si algun gabinete por un resto de pudor ó por secreta antipatía aplaza la asistencia de su delegado á la consumacion oficial del despojo, no han de pasar muchos dias sin que repare su omision ó acaso la disculpe. Esperar ó siquiera fijarse en esas insignificantes renitencias, en esas leves mortificaciones causadas al gobierno italiano, es achaque de ciertos periódicos de la buena causa que por lo comun adolecen de optimistas, y que perdida la confianza y casi seguridad tan ciegamente puesta ayer en el vencedor de Sadowa y de Sedan; la depositan hoy con poco menos ahincó en las vacilaciones de Beust ó en la actitud de Thiers, como si quisiera el sospechoso ministro de Austria, como si pudiera el doctrinario presidente francés, aun dada su buena voluntad, constituirse en paladin de la santa sede contra el agresor alentado por la mas cómplice y general indiferencia. Si el reparto de la Polonia, si la conspiracion unánime de los gobiernos contra la Iglesia, si el dique abierto desde arriba á la impiedad y al libertinage, produjeron á fines del otro siglo y á principios de este tantas caidas de reyes y hundimientos de tronos, ¿qué catástrofe se reserva, antes que termine la centuria, para crímenes no menos enormes y no menos universales? La complicidad de Napoleon en el sacrilegio de Roma, la acaban de contraer en 2 del actual las potencias allí representadas; ¿y creéis que no correrá de nacion en nacion y de corte en corte la copa de la venganza divina vertida sobre Francia y sobre Paris?

No hay que desconfiar por eso, sino trasportar á Dios las esperanzas malamente colocadas en los hombres. Ocúpese ó no perma-

nentemente el Quirinal, el Vaticano no quedará vacío por ahora; situaránse frente á frente los dos soberanos, á riesgo del choque y de la conflagracion que resulte de su proximidad; y no será probablemente el papa el primero que de voluntad abandone su puesto. ¿Y qué podría buscar en la retirada ó fuga? ¿La libertad? nadie puede arrancársela, porque está en el fondo mas inaccesible de su alma. ¿El reino? no hay medio de quitárselo, porque está en el corazon de fieles mas innumerables que los súbditos de ningun conquistador.

J. M. Q.

## LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

### CAPÍTULO VII.

DE LOS ODIOS RELIGIOSOS.

«Los casuistas presentaron á la execracion de los hombres, «en primer lugar entre los mas culpables, á los herejes, «los cismáticos, y los blasfemos. A veces consiguieron encender contra ellos el odio mas violento...» l'ág. 414.

Pocas cosas hay por cierto que tanto corrompan un pueblo como el hábito del odio: ojalá no fomentara siempre este sentimiento casi todo lo que influye en el entendimiento y en el corazon. El interés, la opinion, las preocupaciones, la verdad misma, todo dá ocasion á los hombres para odiarse entre sí: apenas hay alguno cuyo corazon no sienta aversion y desprecio hácia clases enteras de sus hermanos: apenas puede suceder á alguno una desgracia que no sea motivo de alegría para muchos, y á menudo no porque á estos les reporte alguna utilidad, sino por un interés aun mas bajo, el del odio. Confieso que me asombra ver contar entre los que pervierten una nacion en este sentido á los casuistas, á quienes hasta ahora no he oido censurar sino de querer justificar casi todas las obras y personas, y de enseñar á no aborrecer ni aun el vicio.

Pero sean los casuistas, ó quien quiera que sea que inspira odio á los hombres contra sus hermanos, les hace *ser homicidas* (1); contraviene al segundo mandamiento, que es semejante al primero, al cual no

(1) *Omnis qui odit fratrem suum homicida est.* Joan. Epist. 1, III, 15.



hay otro que le sea superior (1); va directamente contra la doctrina perpétua de la Iglesia que nunca ha dejado de predicar *quod est señal de vida el amar á sus hermanos* (2).

Séame lícito empero observar que si entre las causas que pueden haber variado el carácter de los italianos se halla esta, ciertamente que habrá dejado sentir muy poco su influencia; pues quizás no hay nación cristiana en que los sentimientos de antipatía con pretexto de religion hayan tenido menos ocasion de nacer y de influir en la conducta de los hombres. Tocante á esta parte de la historia, si bien se mira, mayor motivo de llorar nos dan aquella Francia y aquella Alemania que se nos viene á contraponer. Ah! entre los horribles rencores que han dividido al italiano del italiano, este al menos no se conoce; al menos las pasiones que nos han enemistado no han podido ocultarse tras el velo del santuario. Demasiado vemos á cada paso en nuestros anales transmitirse las enemistades de una á otra generacion por miserables intereses, y á la propia seguridad anteponerse la venganza; vemos á cada paso disputarse encarnizadamente dos partidos de una nacion un dominio y ventajas que para grande enseñanza ni uno ni otro han conservado; vemos la feroz obstinacion en querer esclavos peligrosos á los que podian ser ardientes y fieles amigos; vemos una série espantosa de jornadas deplorables, pero ni una al menos semejante á las de Cappel (3), de Jarnac (4), y de Praga (5). Harta sangre se levantará un dia de esta tierra infeliz á juicio, pero derramada so pretexto de religion muy poca. Poca digo en comparacion á la que manchó las otras partes de Europa: los enconos y desventuras de las otras naciones nos dan esta triste ventaja de llamar poca aquella sangre; pero la sangre de un solo hombre vertida por la mano de su hermano demasiada es para todos los siglos y para toda la tierra.

Imposible es en esta ocasion no reflexionar en la injusticia que cometen tantos escritores atribuyendo solo á los católicos estos horribles sentimientos de odio religioso, y sus efectos: injusticia manifiesta para todo el que recorra ligeramente las historias de estas disensiones. Pero esta parcialidad puede ser útil á la Iglesia: haciéndose recaer principalmente

(1) *Secundum autem (mandatum) simile est illi: Diliges proximum tuum tanquam te ipsum. Majus horum aliud mandatum non est.* Matth. XII, 31.

(2) *Non scimus quia translati sumus de morte ad vitam quoniam diligimus fratres.* Joan. Epist. I, III, 14.

(3) 31 octubre 1531.

(4) 16 marzo 1569.

(5) 8 noviembre 1620.

sobre los católicos el grito de horror que levantan los siglos contra aquellas, deben estos tenerlo siempre en los oídos, y no solo la voz de la Iglesia, mas tambien la del mundo les recordará la mancebros y la justicia.

No ignoro que muchos han dicho que pueden imputarse á la Iglesia estas aversiones y matanzas aunque las aborrezca, pues enseñando á detestar el error dispone el ánimo de los católicos á hacer estensivo este sentimiento á los hombres que lo profesan.

A esto se podría responder que no ya toda religion, sino toda filosofía enseña á detestar los errores opuestos á los deberes esenciales del hombre, que no hay secta cristiana que no tenga por detestable todo error contra los fundamentos del cristianismo. Mas para justificar á la Iglesia no es necesario acudir á ejemplos, basta examinar sus máximas. Es doctrina perpétua de la Iglesia que se debe detestar los errores, y amar á los que yerran. Hay contradiccion entre éstos dos preceptos? nadie querrá afirmarlo.—Pero es difícil hacer distincion entre el error y la persona; es difícil detestar aquel, y mantener hácia esta los sentimientos de un amor no solo aparente, sino verdadero y eficaz (1).—Es difícil! y qué justicia es fácil para el hombre corrompido? ¿de qué dimana esta dificultad de conciliar dos preceptos, si ambos son justos? Es justo detestar el error? Sí, por cierto, y no se necesita probarlo. ¿Es justo amar á los que yerran? Sí ciertamente, por las mismas razones porque es justo amar á todos los hombres: porque Dios de quien lo tenemos todo, de quien todo lo esperamos, Dios á quien todo lo debemos dirigir, *les amó hasta dar por ellos á su Unigénito* (2); porque es horrible no amar á aquellos que Dios ha predestinado para su gloria, y es en extremo culpable y localmente temerario el afirmar de un hombre viviente que no lo esté, el atreverse á escluir á uno solo de la esperanza en las riquezas de la misericordia de Dios. Los testigos que debian tirar las primeras piedras contra Estéban, dejaron sus vestidos á los piés de un mancebo: no se retiró este horrorizado, sino que consintiendo en la muerte de aquel justo se quedó para guardarlas (3). Si un cristiano hubiese entonces dado acogida en su corazón á un sentimiento de odio hácia aquel mancebo, cuya precoz perversidad podia parecer una señal

(1) *Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.* Joan. Epist. I, III, 18.

(2) *Sic enim Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* Joan. III, 16.

(3) *Testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus... Saulus autem erat consentiens neci ejus.* Act. Apost. VII, 57, 59.



tan manifiesta de reprobacion; si hubiese murmurado la maldicion que parece tan justa en boca de los oprimidos, ah! aquel cristiano habria maldecido el vaso de eleccion (1). ¿De dónde, pues, la dificultad en conciliar estos preceptos, sino de nuestra corrupcion de que proceden todas las luchas entre los deberes? Y esta dificultad constituye precisamente el triunfo de la moral católica, pues solo ella puede vencerla: solo ella prescribiendo con la plenitud de su autoridad todas las cosas justas, no deja duda sobre deber alguno, y para cortar la serie de aquellas inducciones con las cuales se llega á sacrificar un principio á otro principio, los consagra todos y los pone fuera de discusion. Ningun católico de buena fe podrá nunca creer que le asista una buena razon para aborrecer á su hermano: bien sabia el divino Legislador, á quien se gloria de seguir, que habria hombres injustos y provocativos y enemigos de la fe, y sin embargo acerca del particular no ha tenido otra cosa que decirle sino: Amarás á tu prójimo como á tí mismo.

Uno de los caracteres mas notables de la moral católica y de los mayores bienes de su autoridad consiste en prevenir todos los sofismas de las pasiones con un precepto, con una declaracion. Así cuando se disputaba si hombres de diverso color del Europeo debian ser considerados como tales, la Iglesia, derramando en su frente el agua regeneradora habia impuesto silencio cuanto estaba en su mano á estas vergonzosas discusiones; les declaraba hermanos de Jesucristo, y llamados á participar de su herencia.

Además, la moral católica remueve los obstáculos que hacen difícil el cumplimiento de estos dos deberes, odio al error, amor á los hombres, proscribiendo la soberbia, el apego á las cosas terrenas, y todo lo que arrastra á quebrantar la caridad; y nos suministra los medios para ser fieles á entrambos, que lo son todas aquellas cosas que llevan la mente y el corazón al conocimiento y amor de la justicia; la meditacion sobre los deberes, la oracion, los sacramentos, la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios. El hombre sinceramente educado en esta escuela eleva su benevolencia á una esfera inaccesible á las luchas, los intereses, las dudas; y esta perfeccion recibe ya en el tiempo un gran galardón. A todas las victorias morales sucede una consoladora calma; y amar en Dios á los que se aborreceria segun el mundo, es en el alma nacida para amar un sentimiento de inefable gozo.

(1) *Vas electionis est mihi iste.* Ibid. ix, 13.

Hubo empero un escritor, por cierto no vulgar, que tuvo no ya por difícil sino por imposible empresa la de conciliar la guerra al error y la paz con los hombres. *La distincion entre la tolerancia civil y la tolerancia teológica es pueril y vana. Estas dos tolerancias son inseparables, y no puede admitirse la una sin la otra. Ni aún ángeles podrian vivir en paz con hombres, á quienes mirasen como enemigos de Dios* (1).

Qué consecuencias de este principio! Los primeros cristianos no debian, pues, creer que adorar los ídolos y desconocer á Dios les enemistase con el hombre. Obraron mal por consiguiente en combatir el gentilismo, porque es empresa por lo menos imprudente y loca el predicar contra una religion que no hace enemigos de Dios á los que la profesan. Y cuando san Pablo para aumentar el reconocimiento y confianza de los fieles recordaba la misericordia que Dios habia usado con ellos mientras fueron sus enemigos (2) les proponia una idea falsa y antisocial.

¿No les será posible vivir en paz con hombres tenidos por enemigos de Dios á aquellos que creen que Dios mismo se lo manda, que ignoran si ellos mismos son dignos de amor ó de odio (3), y que saben positivamente que rompiendo la paz se harian enemigos de Dios? á aquellos que piensan que un dia se les preguntaría si la fe les habia sido dada para dispensarles de la caridad, y con qué derecho esperan la misericordia, si cuando estuvo en su mano la negaron á los demás? á aquellos que deben reconocer que la fe es un don, y temblar por el uso que hacen de ella?

Estas y otras razones pudieran haberse alegado al que hubiese hecho esta objecion al cristianismo cuando apareció; pero en los tiempos de Rousseau esta objecion no se concibe, pues impugna la posibilidad de un hecho de que es un prolongado y no interrumpido testimonio la historia del cristianismo.

Verdad es que aquel que dió de ello el primer ejemplo era superior á los ángeles, mas tambien era hombre, y en los designios de su misericordia quiso que su conducta fuese un modelo que pudiese imitar cada uno de sus seguidores: el Redentor cuando muere ruega por los que le quitan la vida. Duraba aún aquella generacion cuando Estéban siguió el primero aquella carrera de sangre que el Hombre-Dios habia inaugurado. Estéban que con sabiduría

(1) *Emile.* Liv. iv. Not. 40.

(2) *Si enim, cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus: multò magis reconciliati, salvi erimus in vita ipsius.* Ad Rom. v, 10.

(3) *Nescit homo, utrum amore, an odio dignus sit.* Eccl. ix, 1.



divina procura iluminar á los jueces y al pueblo, y traerles á un saludable arrepentimiento, cuando despues es oprimido, cuando va á cumplirse en la tierra el cruento acto de su testimonio, encomendado ya su espíritu al Señor, solo se acuerda de los que le matan para decirles: *Señor, no les imputes este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor* (1).

Tal fué durante aquellos siglos en que los hombres persistieron en la incomprensible perversidad de venerar los ídolos por ellos fabricados y de hacer morir á los justos; tal ha sido siempre la conducta de los cristianos: nunca fué turbada, ni aun con sus gemidos, la horrible paz del gentilismo. ¿Qué mas puede hacerse para conservarla con los hombres, que amarles y morir? Preciso es confesar que esta doctrina está bien acorde consigo misma, y es muy clara para los entendimientos cristianos, cuando hasta los niños la hallaban inteligible; fieles á las lecciones de sus madres los niños uos veían sus verdugos; aquellos que se levantaban imitaban á los que habian caído antes que ellos, primicias de los santos, flores que renacian bajo la hoz del segador.

## CRÓNICA.

### EL ANIVERSARIO PONTIFICIO EN ROMA.

RECEPCION DE LAS COMISIONES ESPAÑOLAS.

FELICITACION DEL OBISPO DE ÁVILA Á SU SANTIDAD.

Por falta de espacio hubimos de diferir para este número la parte mas interesante de la reseña que emprendimos, la parte que concierne á nuestra patria. Tomámosla de la carta dirigida al *Pensamiento Español* por su director desde Roma con fecha del 21:

«A las muchas personas que han venido de España sin mas objeto que el de felicitar al sumo pontífice y presentarle las ofrendas de los fieles, uniéronse en esta gran número de españoles, ávidos de contemplar una vez mas el angelical semblante de Pio IX y de darle una nueva prueba de sumision y respeto. Formóse de consiguiente una diputacion lucida, no solo por el número, sino tambien por las cualidades y circunstancias de muchos de sus individuos, y sobre todo por el príncipe de la Iglesia que la presidia, el señor obispo de Avila, capaz por su vasta ilustracion, por su acrisolada rectitud y su entrañable afecto al sumo pontífice de dar prestigio é importancia bastantes á personas mas necesitadas de estas cualidades que algunos de los individuos que tuvieron la envidiable honra de representar ayer la España católica en el Vaticano. Ocupado su santidad, como todos estos días, en recibir innumerables diputaciones, fué preciso á la española esperar en el magnífico salon del consistorio por algun tiempo á que le llegara el turno de ser recibida por el padre santo.

Por fin apareció en la puerta la venerable figura de nuestro santísimo padre, precedido de su corte y de algunos cardenales, de los cuales recuerdo al cardenal Borromeo, al cardenal Berardi y al cardenal Vicario. Mucho han oido uste-

des hablar del angelical semblante de Pio IX; pero tengan ustedes entendido que todo cuanto se diga acerca de ello es poco. Lleva impresa en su rostro nuestro gran pontífice la santidad; pero no una santidad austera, sino suave, dulce y hermosísima. Su resignacion oculta por completo sus continuos y enormes padecimientos, y su confianza en Dios le hace aparecer radiante de santa alegría en medio de sus inmensos infortunios. Estas extraordinarias cualidades del actual piloto de la nave de Pedro brillaban ayer mas que otras veces, porque para consuelo y alegría de los españoles debo decir que Pio IX los ama con predileccion, tiene gran confianza en nosotros y goza en tenernos á su lado. ¡Tan alta idea merece al padre santo la España católica! Solo el respeto pudo contener el entusiasmo de nuestros compatriotas al ver á Pio IX. Sin esta traba, desde el último rincón del Vaticano se hubiesen oido los vítores que el fervor de la fé habria arrancado del pecho de nuestros paisanos. Con gran trabajo hubiéronse de limitar á hincarse de rodillas en prueba de veneracion, hasta que el papa les obligó á que se levantaran. Entonces el sumo pontífice conoció al señor obispo de Avila, y despues de nombrarle, añadió:

—¡Santa Teresa de Jesus!

Y es que Pio IX es muy devoto de nuestra segunda patrona, y nunca oye nombrar á Avila que no recuerde á santa Teresa, y aun haga mencion de esta gran gloria de nuestra patria.

Con la venia del padre santo el señor obispo de Avila pronunció el siguiente discurso. El devotísimo presidente de la diputacion española lloraba como un niño al dirigir su voz al sumo pontífice, y mas de una vez se vió apurado para proseguir su bellísima arenga:

«Beatísimo padre: En era gran conmocion religiosa con que los católicos de todo el orbe demuestran una vez mas en estos días la vigorosa y potente vitalidad de la Iglesia y el amor que arde en sus pechos hácia el inmortal pontífice que tan dignamente la gobierna hace 25 años, no habia de permanecer inmóvil una nacion que mas quizá que otra alguna de la tierra debe sus mas esplendentes glorias y hasta su vida social al catolicismo, y muy señaladamente á las bendiciones siempre fecundas del supremo pontificado.

La España, beatísimo padre, en medio de los quebrantos y humillaciones á que la sabia y amorosa Providencia del árbitro eterno de los destinos ha querido someterla con fines adorables, conserva, gracias á Dios, como una joya preciosísima la fé católica, principio generador y conservador de sus grandezas, y con ella el amor ferviente á la Iglesia y al soberano pontífice su cabeza. Este amor, beatísimo padre, lejos de entibiarse se acrecienta y aquilata en medio de rudas pruebas y dolorosos combates, como suele siempre suceder á los guerreros de la cruz.

Y este acrecentamiento de amor de los católicos españoles, esta mayor intensidad de afectuosa y reverencial devocion á la santa sede apostólica es debida en gran parte al maravilloso cúmulo de favores y mercedes con que á Dios plugo enriquecer y rodear de esplendor y gloria el pontificado de vuestra santidad. El período histórico que este comprende es tan gloriosamente fecundo, que aun olvidada ó suprimida la historia de diez y ocho siglos, él solo bastaria para demostrar la vida divina de la Iglesia, la accion continua de Dios en medio de ella.

Y ahora, continuando el Señor la obra de sus maravillas, está prolongando los días de vuestro pontificado mas allá de los términos de todos los anteriores despues de san Pedro. Este fausto acontecimiento, beatísimo padre, atendidas todas sus circunstancias, tomadas en cuenta las fatigosas tareas del altísimo ministerio, las tenaces luchas en él sostenidas contra el poder creciente del error y del mal, los desdenes y horribles ingratitudes sufridas, los ataques y sacrilegas violencias contra él empleadas, atendido esto y sobre todo la delicada y esquisita sensibilidad de vuestro corazón dulcísimo, dan al suceso de la prolongacion de vuestros días un cierto carácter de prodigio que levanta hácia Dios los corazones de los católicos haciéndoles esclamar: «*Hoc opus dexteræ Excelsi.*» Obra es esta de la diestra del Excelso.

(1) *Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.* Act. Apost. vii, 59.



De este dulce sentimiento se hallan muy especialmente penetrados los españoles pertenecientes á las asociaciones activas, últimamente formadas con el fin de agitar y mantener en su vivacidad y acción salvadora las ideas y los sentimientos católicos.

Entre estas asociaciones se distinguen por su ilustrada y constante laboriosidad la que lleva el nombre de Asociación de católicos y la Academia de la Juventud católica, cuyas comisiones, compuestas de ilustres y distinguidos personas, tengo la honra de presentar á vuestra santidad.

Estas comisiones, beatísimo padre, representan en primer término á las dos asociaciones mencionadas; mas como el espíritu que á esas anima, es el mismo de que vive la mayoría inmensa del pueblo español, bien puedo yo asegurar para consuelo de vuestra santidad, que ellas son verdaderamente representantes de la España, y que en cierto sentido la España está hoy aquí ante la augusta presencia de vuestra santidad, dando un nuevo testimonio de su fé, y una prueba insigne de su íntima y cordial adhesión al jefe de la Iglesia, al maestro infalible, al pastor amoroso, al tierno y muy querido padre de toda la cristiandad.

Sí, beatísimo padre; la España de hoy, que gracias á la misericordia del Señor vive todavía del yugo de la España antigua, de la España de Recaredo y San Fernando, de la España que dió vida y luz á un nuevo mundo, al felicitaros por el feliz advenimiento al vigésimo sexto año de vuestro pontificado, participa de la universal alegría que tan glorioso acontecimiento inspira á toda la Iglesia católica, protesta que está y quiere permanecer unida á vos en los combates como en los triunfos, en los dolores como en los gozos, en las amarguras y tribulaciones como en las dulzuras y consuelos: ama lo que vos amais, desea lo que vos deseais, reprueba, condena y anatematiza lo que vos reprochais, condenais y anatematizais.

Espera también confiadamente, puestos los ojos en el cielo, lo que vos esperais, la paz de las naciones, el triunfo de la Iglesia y de la santa sede apostólica, vuestra libertad y la libertad del espíritu de doscientos millones de hombres que os llaman padre, y cuyos corazones forman un trono de amor que no os arrebatará la impiedad.

Para el logro de estos justos deseos y realización de estas santas esperanzas, las comisiones de las asociaciones religiosas que me han honrado con su especial confianza, en nombre suyo y de sus dignos comitentes ofrecen á vuestra santidad sus oraciones, la constante actividad de su celo en la propagación de la verdad y del bien, los sentimientos de la veneración mas profunda, y finalmente los donativos que la piedad española ha puesto en sus manos para que los presenten á los pies de vuestra santidad como tributo de amor y homenaje de ardiente devoción.

Tales son, beatísimo padre, las garantías que los católicos españoles pueden ofrecer. Creo fácilmente que ellas, á diferencia de otras, sean aceptas á Dios y á vuestra santidad. Dignaos pues, santísimo padre, recibir las con la paternal benignidad que os caracteriza; y para que puedan continuarse en cuanto la necesidad lo exija, dignaos, ¡oh vicario de Dios! estender vuestra mano paternal y benéfica sobre la España á quien tanto amais y que tanto os ama, para que con vuestra bendición descendan sobre ella en gruesos raudales las bendiciones del cielo, que apaguen el fuego de nuestras discordias. Dignaos bendecir muy señaladamente las asociaciones antes mencionadas, y á estos ardientes y animosos católicos que me acompañan y me edifican con sus virtudes.

Dignaos también estender el beneficio de vuestra bendición apostólica á todos los que han concurrido con sus piadosas ofrendas al alivio de las angustias de vuestra santidad y á las familias y amigos de unos y otros. Quiera el dueño de la vida conservar incólume la muy preciosa de vuestra santidad, hacer que vuestro pontificado, engrandecido ya por tantos títulos, tenga la gloria de traspasar los días de Pedro, y que los que ahora tenemos la honra y el consuelo mezclado de cierta amargura de visitar á Pedro *in vinculis*, tengamos un día el placer y la dicha de saludarle ensalzado en el trono de gloria en medio de la Iglesia santa,

dirigiendo con plena libertad su voz apostólica desde la cátedra infalible á todos los pueblos y naciones de la tierra, para atraer á todos los hombres á los caminos de la verdad y conducirlos al cielo.

Si para llegar á tan venturoso término fuese necesario, beatísimo padre, dar nuestra sangre, nuestra vida... ¡Oh! felices nosotros concediendonos el Señor su gracia. Nuestra vida... nuestra sangre... ¿Qué importa nuestra vida? ¿Qué vale nuestra sangre? Muramos en la paz del Señor: muramos nosotros y ¡viva Pío IX! ¡viva Pío IX papa rey!

Mientras el señor obispo de Avila pronunciaba su magnífico discurso, era de ver como el santo pontífice hacia signos negativos con su venerable cabeza cuando el prelado rendía culto á las altas prendas y rarísimas virtudes de Pío IX. Por el contrario, el papa asentía á cuanto el señor obispo manifestaba sobre los males presentes de la Iglesia, y muy especialmente sobre la esperanza del próximo triunfo. Esta esperanza es ya antigua en el santo pontífice, y debe de confortarnos á los que sin sus virtudes carecemos de fuerzas para sobrellevar con santa resignación los presentes infortunios. Al concluir el venerable prelado su discurso, no pudo contenerse y dió un entusiasta viva á Pío IX. Lo que entonces pasó en la gran sala del consistorio, es difícil de contarse. Los españoles que anhelaban por la ocasión de dar rienda suelta á su entusiasmo, prorumpieron en vítores al pontífice, y costó trabajo hacerles callar, porque embriagados de amor se olvidaron de todo, y solo querían desahogar sus corazones, que henchidos de filial respeto y santa ira apenas cabían en su pecho. Todos se mostraron dispuestos á sacrificarse por su padre, repitiendo el ofrecimiento de sus vidas, como lo habia hecho el fervoroso obispo de Avila, si esas vidas eran bastantes á libertar al sumo pontífice y devolver á la Iglesia de Jesucristo la independencia que la iniquidad auxiliada por el egoísmo acaba de arrebatarse.

Por fin fué preciso callar para que hablase Pío IX. El santo pontífice empezó narrando en lengua de Cervantes las glorias de nuestra patria, y recordó con gozo los tiempos en que España llevaba el catolicismo á todas las partes del mundo haciendo arraigar la religión de Jesucristo allá donde clavaba su bandera, la antigua bandera no la tricolor, añadió, aludiendo sin duda á la del Piamonte. Inmediatamente el sumo pontífice reconoció la gravedad de los males que afligen á la Iglesia, y como custodio de la misma encareció la necesidad de que los católicos trabajen unidos contra el enemigo común, olvidando para ello diferencias accidentales y solo á propósito para disminuir nuestras fuerzas y dar la victoria á sus adversarios. Estas indicaciones, hechas á España por el padre santo, tienen seguramente grande importancia.... El papa dirigió en seguida á la comisión palabras dulcísimas de gratitud para los españoles que habian venido á visitarle, así como á los que imposibilitados de hacerlo le habian enviado una limosna con que llenar en parte sus necesidades; y estendiendo los brazos al cielo, y derramando lágrimas de gratitud y de amor, dió con toda la efusión de su alma la bendición apostólica á los españoles presentes, á sus familias, á sus amigos y á España entera. Escuso decir á Vds que al oír las dulces palabras de Pío IX y sobre todo al verle llorar en el momento de la bendición, todos los circunstantes, sin dejar uno, lloraron también con el sumo pontífice. Allí habia sacerdotes y seglares, jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos, repito, lloraron con Pío IX, todos si el respeto al augusto vicario de Jesucristo no lo hubiese impedido, habrían otra vez aclamado con frenesí al mejor de los padres, al padre peor recompensado por muchos de sus hijos.

Su santidad se dignó en seguida conceder á la diputación el alto honor de besarle el pié, operación que hacían los españoles conforme los iba presentando al padre santo el señor obispo de Avila. Por supuesto que no hubo nadie que se contentase con un solo beso, á pesar de que el bondadoso pontífice ofrecía también su mano para que se la besaran. El mismo repartió á los españoles una hermosísima medalla alusiva al aniversario y hecha con todo el primor con que aquí se ejecuta este género de trabajos. Por un la-



do tiene el busto de su santidad, y por el otro la siguiente inscripcion:

*Pio IX. Pont. max.  
Uni post Petrum  
Annos XXV: pontificatus  
Explenti  
Ordo, Quiritium  
Quos Fides immota sociat  
Fausta omnia  
A Deo precatur,  
XVI. Kalend. Quint.  
A. MDCCCLXXI.*

Por último, el padre santo se dignó dirigir la palabra particularmente á gran número de españoles; y al dignísimo presidente de la *Juventud Católica* Sr. Marqués de Monesterio, y á su hermano D. Gabino Martorell secretario del consejo superior, les habló con cariño de estas academias, bendiciendo sus trabajos y á los socios.»

En carta del 19 escribe el citado periódico:

«Otra felicitacion, aunque no personal, recibió ayer el padre santo. Acababa Pio IX de recibir un telégrama del emperador de Turquía y otro del de Rusia, cuando llegó á sus manos una carta traída de Roma por el correo ordinario con el sello de Madrid en el sobre. Era esa carta una felicitacion al padre santo por el 25º aniversario de su exaltacion al trono pontificio, y llevaba al pié la siguiente firma: *MARIA VICTORIA DE SABOYA*. Precisamente en aquellos momentos los italianisimos de Roma, tomando el nombre del excomulgado suegro de dicha señora, insultaban al mártir Pio IX, ensañándose en la desgracia de una manera cobarde y despreciable.... Supongo que el papa contestará á doña María Victoria; pero dudo que la natural bondad del sumo pontífice y su acrisolada caridad le permitan aludir en su respuesta al contraste que forma la felicitacion de la nuera con el proceder del gobierno del suegro.»

He aquí como refiere otra carta del mismo la injuria hecha á dos españoles que formaban parte de las comisiones de felicitacion á su santidad: «Los señores conde de Maceda y marqués de Casa-Pizarro, en traje de etiqueta y adornados respectivamente con las bandas de Carlos III é Isabel la Católica, han salido de la fonda de la *Minerva* donde habitan, para ir á la casa del señor obispo de Avila, punto de reunion designado á todas las comisiones que han de presentarse hoy al sumo pontífice. Tan pronto como los agentes de orden público han visto á nuestros compatriotas y se han hecho cargo de que uno de ellos llevaba una condecoracion blanca y amarilla (la de Isabel la Católica), se apresuraron á seguir el carruaje en que iban nuestros paisanos, á quienes no sin grandes esfuerzos han logrado alcanzar. Este suceso, como es natural, ha llamado fuertemente la atencion pública, en términos, que al llegar los agentes á la casa-morada del señor obispo, iban acompañados de multitud de patriotas y vagos que daban á la persecucion cierto carácter de amenaza alarmante para gentes de bien. El carruaje se ha detenido al fin á la puerta de la casa del señor obispo, y los agentes han exigido á nuestros paisanos que se despojasen de las condecoraciones españolas. En vano los señores conde de Maceda y marqués de Casa-Pizarro alegaban que eran españoles y la significacion de las bandas que adornaban sus pechos; en vano pedian que se les dejase subir á la habitacion del señor obispo, en la cual, cediendo á la fuerza, ofrecian someterse á la brutal exigencia de estos despreciables tiranuelos; los agentes sostenian sus órdenes, la chusma estaba presente para hacerlos obedecer á trancazos ó puñaladas, y no habia remedio sino ceder á la violencia liberal, la mas insoportable de todas las conocidas. Dispuestos nuestros paisanos á que la patria de Carlos V y Felipe II pasase por la afrenta de que sus condecoraciones fuesen objeto de persecucion, desprecio y bafa en uno de los puntos ocupados por el gobierno del rey del Piamonte, iban á despojarse de sus insignias en medio de la calle y á la vista de la turba, cuando uno de los agentes accedió por mucho favor á que la operacion se hiciese

en la morada del señor obispo. A ella subieron los españoles y la autoridad, y todas las reflexiones fueron inútiles para que estos estúpidos y malvados respetasen el pabellon de España.»

Todas las comisiones extranjeras han sido insultadas y maltratadas por la patriotería de Roma. El embajador extraordinario del emperador de Austria, principe de Hohenlohe, no se ha librado del encono de los revolucionarios. Los alemanes, los españoles, los franceses, todos han sido vejados de palabra y obra por los amigos del gobierno florentino.

Tres franceses han sido objeto de toda clase de villanias al salir de San Pedro; pero el verdadero pueblo romano se ha precipitado sobre los agentes pagados que cometen semejantes tropelías y ha prestado auxilio á los extranjeros. Cuando los franceses agradecidos han querido recompensarlos, nada han querido admitir, contentándose con estrecharles las manos y gritar ¡viva Pio IX!

Con viva satisfaccion damos publicidad á un acto de fe en la religion del Crucificado, digno de elogio bajo todos conceptos, que hace pocos dias llevó á cabo una pobre mujer, habitante en el barrio de la Barceloneta. Segun se nos ha dicho, hace algunos meses que el marido de esta infeliz salió para Montevideo, sin que en todo el trascurso de este tiempo le haya enviado cantidad alguna, con la particularidad de haberla dejado en estado interesante. Nuestros lectores pueden, por consiguiente, comprender cual seria su situacion. En este estado vino el dia del parto, y para mas desgracia todavia fué aquel doble; de modo que la desdichada madre se encontró sin recursos, no solo para acudir á su subsistencia, si que tambien á la de los dos infantes que acababa de dar á luz. No faltaron, sin embargo, quienes trataran de hacer mas llevadera su penosa carga, ofreciéndole, no solo atender á la amamantacion de sus dos infantes, si que hasta pasarle una cantidad para que pudiese vivir con algun desahogo; mas en cambio la madre debia permitir que sus dos nuevos vástagos fuesen bautizados por un ministro protestante, y que su educacion corriese tambien á cargo de personas de la misma secta.

La ocasion no podia ser mas propicia para los nuevos regeneradores de la religion de Jesucristo; la mujer se encontraba reducida á la mas grande miseria; y en este estado era creible para aquellos que la madre aceptaria con condiciones, no fuese mas que por el interés que debia tener en la conservacion de la existencia de sus dos tiernos hijos; mas las máximas católicas estaban esculpidas en su corazon, y despreciando las dádivas interesadas de los atletas del protestantismo, les contestó que antes que permitir que sus hijos siguiesen la nueva doctrina que ellos predicaban, preferia morir junto con ellos entre los horrores del hambre.

Esta profesion de fe y la conducta de esta buena madre debia tener su recompensa, y en efecto ha sucedido así. Sabedora la Congregacion de la Caridad cristiana del estado de la parturienta, y habida cuenta de lo que habia sucedido, buscó medios con que aliviarla en lo posible, y gracias á varias personas caritativas, se le han suministrado los recursos que personalmente necesitaba, corriendo además á cargo de la misma Congregacion los gastos de nodriza para uno de los dos infantes.

#### ENSAYOS POLÍTICOS DEL SR. QUADRADO.

Vencidos los obstáculos, que desde la anaricion de la 1ª entrega de dicha obra, impidieron dar mensualmente una entrega como estaba prometido, se repartirá en esta semana la 2ª correspondiente al mes de abril, continuando así cada quince dias su publicacion hasta ponerse al corriente del anterior retraso. Cada entrega es de 32 pág. y su precio un real vellon para los suscritores de la UNIDAD y real y medio para los que no lo sean, constando de unas 44 entregas el tomo. Los que no quieran suscribirse se servirán devolver esta 2ª entrega juntamente con la 1ª que ya recibieron; los suscritores de fuera habran de dirigir á la libreria de Guasp sus pedidos. En la misma se halla de venta á 16 reales vellon el primer tomo de dicha obra que comprende los ENSAYOS RELIGIOSOS.